

TRABAJO DE REFLEXIÓN SOBRE INCIDENTE CRÍTICO

Irene Rincón García

El incidente crítico que a continuación voy a analizar no se refiere a evaluación, metodología o a los alumnos, sino que me voy a centrar en las relaciones con los compañeros, pues para mí ha sido un choque frontal con la realidad descubrir que yo vivía en un oasis en medio del desierto.

Puedo considerar como incidente crítico todo este curso académico, no sólo mi periodo de prácticas.

Este es mi primer curso en Málaga en un nuevo centro, con nuevos compañeros, nuevas formas de hacer las cosas, y hasta de registrar los datos.

He estado los últimos 7 cursos siendo maestra de un centro rural agrupado en la sierra de Madrid. Aquel centro estaba compuesto por 3 pequeños colegios, cada uno de ellos con aulas de Infantil y Primaria. El más grande de ellos, Lozoyuela que es en el que yo me encontraba, tenía unos 100 alumnos en total. Del total de maestras de Infantil, sólo 2 teníamos plaza en propiedad, siendo las otras 3 plazas de maestras interinas. Esto suponía un trasiego de personas todos los cursos que tenían que adaptarse a trabajar con varios niveles en la misma aula, sin libros...

Es por ello que nos parecía imprescindible crear un plan de acogida para que las personas que llegaran nuevas al centro cada año se adaptaran lo más rápida y fácilmente posible a la situación especial que supone trabajar en un colegio como ese. Ante todo incidíamos en la necesidad de que cada maestro se “hiciera con el grupo”, sin agobios por el currículum, además, como medio de apoyarnos unas a otras, elaborábamos proyectos de trabajo comunes, con material elaborado entre todas, aportando ideas de actividades, cuentos, canciones. En las primeras reuniones, las “veteranas” éramos las encargadas marcar la pauta a seguir, pero enseguida se creaba un clima de colaboración en el que todos participábamos, pues en todo momento defendíamos que 5 personas piensan más que 1, y que en las aportaciones de todas estaba el enriquecimiento del grupo.

Contábamos con gran coordinación, y formábamos grupos de trabajo muy cohesionados, donde cada uno tenía espacio para su propio desarrollo personal, y al mismo tiempo estaba arropado por un equipo de trabajo, todo ello a pesar de que en algunos casos el pasillo que unía nuestras aulas tenía más de 25 kilómetros de distancia y que sólo contábamos con 45 minutos a la semana (cuando llegaba a ese tiempo) para reunirnos y coordinarnos.

Pero esto no era tan sólo a nivel de ciclo, sino que era la tónica del centro.

Comenzábamos el curso realizando dinámicas de grupo entre los maestros para conocernos y crear un buen ambiente de trabajo, se dedicaban los primeros días antes de que empezaran los niños a establecer acuerdos de trabajo en los diferentes ciclos. Se generaban momentos de encuentro entre maestros fuera del ambiente estrictamente escolar: una de las primeras tardes de reunión al comenzar con niños se destinaba a realizar una comida de convivencia, para favorecer la creación de un ambiente relajado y lazos de relación más allá de lo puramente profesional entre los docentes.

En estas primeras reuniones del curso se diseñaba la estructura general del curso (festividades, temática de la semana cultural...) y realizaban reuniones de ciclo y "localidad" (al tratarse de un centro ubicado en diferentes pueblos, muchas decisiones y organización de actividades recaían en esta comisión de localidad, por ejemplo los festivales de Navidad, o el carnaval).

Siguiendo en esta línea de cuidar la convivencia en el centro, las 2 primeras semanas del curso con los chavales no se impartían especialidades, a fin de que los tutores estuvieran con su grupo realizando dinámicas de conocimiento, confianza, comunicación. Además, cuando comenzaban las especialidades, los profesores de Educación Física destinaban sus primeras sesiones a trabajar juegos cooperativos.

La coordinación, el trabajo en equipo, la cohesión del grupo, los objetivos comunes, llevaban siendo una constante en mi vida profesional durante varios años.

Pensaba, que al llegar a un centro "normal" iba a ser mucho más fácil la coordinación con mis compañeros. Sin embargo, la realidad que me he encontrado en este nuevo centro es radicalmente opuesta.

Comenzaré señalando que no existe ningún protocolo de acogida en el centro, los maestros al llegar no hemos tenido ningún tipo de información sobre el funcionamiento general del centro (calendario, festividades del centro, organización de actividades...) ni siquiera se nos mostraron las instalaciones. En mi caso, al ser maestra de Infantil no se me mostraron las instalaciones del edificio de Primaria, donde resulta que existe un almacén de material de cuya existencia me enteré en noviembre.

Cuando por fin se nos entregó algo de información, fue ya avanzado el mes de octubre, y lo único que se nos facilitó fue un pen drive con el calendario de reuniones (de todo el curso ya programadas y no se contemplan por ejemplo las reuniones nivel), autorizaciones, vamos burocracia.

En todo el mes de septiembre no tuvimos espacio para reuniones de ciclo y cuando por fin las tuvimos son para tratar aspectos relacionados con la burocracia y no con la metodología, el enfoque pedagógico, etc.

La coordinadora no propicia momentos de reflexión ni espacios para compartir experiencias, aportar ideas y los ciclos se entienden como mero trámite para elaborar papeleo y responder a los requerimientos del ETCP.

El nivel de 3 años, en el que me encuentro, sí se reunió bastante los primeros días... Pero las reuniones tenían un único objetivo: preparar la reunión de padres de comienzo de curso.

Se me plantea un problema adicional en la coordinación con mis compañeras de nivel.

Dos de nosotras somos nuevas en el centro, y la más veterana en el centro nos “informó” de que teníamos que salir a *pesca proyectos*, pero nos aportó unas muletas (ella les llama así): psicomotricidad, relajación, asamblea... En su opinión los proyectos deben ser totalmente emergentes, sin planificar, por lo que las nuevas nos vimos a la deriva, esperando que algún proyecto se apareciera en nuestras vidas y nos diera sentido.

Sin embargo, este no es el enfoque que otras compañeras del ciclo, con gran experiencia en esta metodología, utilizan. Por poner un ejemplo, las compañeras del nivel de 4 años vienen de otro centro en el que ya formaban equipo y trabajaban por proyectos y ellas diseñan a priori los proyectos de trabajo que van a llevar a cabo a lo largo del curso.

Al no tener espacio para compartir reflexiones ni formas de trabajo con las compañeras del ciclo las nuevas en el nivel de 3 años nos vimos abocadas a la incertidumbre y el desconcierto. En mi caso, pasé de trabajar en equipo en todo momento, y de ser apoyo y sentir el apoyo de mis compañeros en la realización de los proyectos, a sentirme un barco a merced de la marea.

Lo cierto es que cuando, a finales de noviembre, nos enteramos del planteamiento de las otras compañeras de Infantil, la otra compañera de 3 años y yo decidimos planificar los siguientes proyectos y comenzar a trabajar juntas en esta línea. Lógicamente, se lo comunicamos a nuestra compañera que también manifestó su intención de unirse (la realidad es que no se ha unido a nosotras en ninguna de las iniciativas).

Podría extenderme más poniendo ejemplos de situaciones como las que vengo narrando, pero creo que no serían más que una reiteración de la misma situación.

A tenor de lo expuesto, quiero realizar un análisis en un doble ámbito: el institucional y el personal.

Por un lado, a mi entender los dos escenarios que he expuesto creo que representan dos **concepciones muy claras de la institución escolar**.

En la primera que he expuesto, se entiende la labor educativa como una labor compartida por toda la institución y personas que en ella trabajan. Las relaciones se ponen en primer término y esto es clave pues no sólo se trabaja la convivencia con los alumnos, sino también entre los maestros, pues se entiende que es desde las

interacciones, la reflexión común como llegamos. Además, desde mi punto de vista en esta concepción de escuela se promueve la reflexión, el contraste interno y externo y por tanto la mejora de los procesos. El tener que compartir con tus compañeros tus concepciones, pretensiones con cada actividad, hace que constantemente tengas que realizar un ejercicio de revisión, de declaración expresa de tus pretensiones, que ayudan a ser conscientes del verdadero trasfondo de tus concepciones pedagógicas. Además, los maestros se convierten en modelos de convivencia relevantes y positivos.

Este modelo de institución insta a la formación continua como herramienta de mejora de la práctica personal e individual, pero además, genera situaciones de formación continuamente, tanto por las situaciones que se dan de reflexión y aprendizaje dentro del grupo, sino también porque el grupo ve la necesidad de contar con más espacio y tiempo para mejorar su trabajo y en bastantes ocasiones esto se refleja en la organización de grupos de trabajo orientados a la mejora de la práctica a reaprender continuamente. Además, esta formación será diferente en cada caso ya que tiene que ver con cómo maduran y se desarrollan los pensamientos de cada uno, pero también con cómo evoluciona un grupo.

La otra realidad que he expuesto, creo que señala una concepción mucho más individualista de la labor educativa, pero también de desconcierto en cuanto a la organización y estructura del centro, lo que se manifiesta en una improvisación constante que genera malestar y poca cohesión de los docentes.

Desde mi experiencia personal, prefiero, sin duda ninguna el primer modelo de colegio. Estoy segura que es posible llevar a cabo un modelo de ese tipo en el centro en el que me encuentro ahora mismo, pero para ello hace falta en primer lugar cambiar el modelo de gobierno del centro, y comenzar por crear situaciones de convivencia y toma de decisiones en las que se implique a todo el centro.

En lo que se refiere al ámbito personal, este escenario ha generado en mí un gran desasosiego e incertidumbre. Después de llevar 10 años de experiencia como docente me he sentido más inexperta que el primer día que trabajé. Mi reacción ante esta situación ha sido en primer lugar la de refugiarme en “mis certezas” para sobrevivir haciendo cosas de las que al menos estoy segura... Refugiarme en mi aula y centrarme en ella para no dejarme llevar por el caos que advierto a mi alrededor.

Desde hace unas semanas, tras la vuelta de Navidad he iniciado un proceso de apertura, porque soy consciente de que me he estado meses traicionando a mi misma, a los principios de colaboración y trabajo en equipo con los que llevo trabajando años y en los que creo firmemente. El resultado de esta apertura ha sido, por un lado la planificación común con mi compañera de nivel, pero también el descubrir (al hacer oír mis preocupaciones al ciclo) que no soy la única que tiene esa sensación de estar sobreviviendo al oleaje.

Cómo puedo yo poner remedio a esto...

En principio he comenzado a ponerle remedio trabajando coordinadamente con una de mis compañeras.

Otra de las iniciativas que me gustaría llevar a cabo es un Plan de Acogida para los futuros maestros que lleguen al centro en los años siguientes, de manera que pueda paliar al menos parte de los inconvenientes que he ido relatando, con acciones como reuniones de ciclo en las que se les explique la forma de trabajo, conocer las instalaciones del centro, recursos que tenemos al alcance...

Otra de las vías que tengo a mi alcance para mejorar esta realidad es mediante la elaboración de unas propuestas de mejora que recojan tanto el Plan de Acogida como iniciativas para la mejor planificación y organización del centro.